

vió á entrar en la Valaquia, y los Otomanos tomaron á su vez la ofensiva. El kapudan-baja Hazan, el vencedor de Lemnos, que no tenia flota alguna para mandar y cuyo ardoroso valor no podia vivir en la inaccion, se puso á la cabeza de un cuerpo de sipahis, arrojó á los Rusos mas allá del Danubio, se apoderó de su artillería y de sus municiones, y terminó la campaña con este brillante hecho de armas.

En medio de estos triunfos, que consolaron los últimos instantes de Sultan-Mustafá, murió este príncipe el 20 zilka'dé 1187 (21 de enero de 1774). Antes de espirar, manifestó á su hermano Sultan-Abdul-Hamid la crítica situación del estado, y le instruyó de la esperiencia que habia adquirido durante un reinado de diez y siete años. Sultan-Mustafá III fué justamente llorado por sus súbditos que conocian la gran solicitud quienes le animaba en favor de su felicidad y de la gloria del imperio: habiendo llegado al trono á una edad madura, habia podido sacar una leccion útil de la deposicion de su padre Sultan-Ahmed III: espuesto despues, por la envidia de su primo Sultan-Osman, á una muerte casi cierta, solo se libró del veneno con su prudencia y el estudio que habia hecho de la medicina; pero su rostro, de una palidez terrible, parecia conservar vestigios de las tentativas criminales de que habia sido el blanco. Esta precaria posicion habia dado á su carácter una especie de melancolía que conservó siempre: se inclinaba á la reflexion, amaba el trabajo y habia adquirido algunos conocimientos. Apreciaba á los sabios y solo trataba de instruirse: hizo traducir el *Príncipe* de Machiavelo, el *Anti-Machiavelo* del rey de Prusia y los *Aforismos* de Boerhave. Fundó en Constantinopla una academia que lleva su nombre: hizo reparar el *kitab-khané*, inmediata á la mezquita de Sultan-Muhammed II y edificar la de *Nouri-Mustafá*, que el pueblo llama *Laleli-Djamici* (mezquita de los tulipanes). Observador ríjido de la ley religiosa, sabio reformador; de espíritu justo, restituyó á su vigor las leyes suntuarias y

se esforzó en recordar á los musulmanes las virtudes austeras de sus antepasados y en incitarlos á imitarlas. En su celo infatigable, lo queria conocer todo por sí mismo, y trabajó continuamente para suplir la incapacidad ó la pereza de sus ministros. Contestaba á los que le manifestaban que este jénero de vida dañaba á su salud: «Es muy necesario que yo trabaje, ya que ninguno de vosotros lo sabe hacer.» Con igual aficion á sus deberes, es probable que este príncipe hubiera elevado el imperio otomano á un grado muy alto de prosperidad, si hubiese sido secundado por sus grandes visires, y sobre todo si las circunstancias no le hubiesen sido casi siempre adversas. Pero de todos modos, los desastres que esperimentó hicieron brillar en él la virtud mas difícil, una constancia inalterable en los reveses de la fortuna. No obstante la superioridad de su alma, pagó el tributo á las preocupaciones de su época, mostrando una gran inclinacion á las ciencias ocultas: envió un espreso al soberano de Fez para pedirle un hábil astrólogo; y durante la guerra contra los Rusos, varias veces arregló sus operaciones conforme á la pretendida influencia de los astros. Debemos añadir, en su elogio, que al fin de su reinado, tuvo la fuerza moral de reconocer la absurdidad de un arte, en la que habia tenido hasta entónces la mas ciega confianza.

CAPITULO XXVIII.

SULTAN-ABDUL-HAMID-KHAN, HERMANO DE SULTAN-MUSTAFÁ-KHAN III, HIJO DE SULTAN-AHMED III.

Sultan-Mustafá III habia dejado al morir, á su hermano Sultan-Abdul-Hamid el cuidado de terminar la desgraciada guerra contra los Rusos: pero el nuevo soberano, con un carácter dulce, benéfico, amante del reposo, y hasta débil y tímido, era inferior á la penosa carga que le imponia la gravedad de las circunstancias. El trono de Osman bamboleaba, conmovido á la vez por la guerra es-



Sultan Abdul-Hamid.

El Sultan Abdul-Hamid.

tranjera y las divisiones intestinas: los Rusos habian invadido la Crimea y todas las provincias septentrionales de las orillas del Danubio; Catalina habia atraído á su causa á Heraclio, príncipe de Georjia y vasallo de la Puerta; en Albania, Mahmoud, gobernador de Escitari, estaba en revolucion abierta; Ali, bajá de Yanina, echaba los cimientos del poder independiente y despótico que conservó cerca de medio siglo; en la frontera oriental del imperio, Ahmed, bajá de Bagdad, solo reconocia de nombre la soberanía del sultan; la Palestina obedecia al anciano jeque árabe Daher, que sostenido por las tribus nómadas del desierto, habia tomado el título de jeque de Acre y de Galilea; por último en Egipto, Muhammed Bey, hijo adoptivo de Ali-Bey, jefe de los Mamelucos, habia arrojado á este último, solo conservaba la apariencia de fidelidad. En medio de tantos elementos de desorden tuvo lugar el advenimiento de un príncipe pacífico, que, de edad de cerca de cincuenta años, solo se habia ocupado hasta entónces en su retiro de *Eski-Serat* (el serrallo Viejo) en copiar el Alcoran y fabricar arcos y flechas.

El primer uso que hizo de su poder Sultán-Abdul-Hamid fué dar una completa libertad á su sobrino Selim, y declarar que le queria servir de padre: esta conducta jenerosa, tan contraria á la de sus antecesores, le atrajo la veneracion de los musulmanes que, atentos á la primera accion de su nuevo soberano, segun un estilo sagrado entre ellos, concibieron las esperanzas mas lisonjeras de un reinado que empezaba con una accion virtuosa. Desde Bayezid II, ningun sultan habia podido escusarse de repartir á los jenízaros el *djulous-aktcheci* ó *dinero del advenimiento*; y hasta Sultán-Abdul-Hamid, la sola intencion de suspender esta gratificacion de costumbre, manifestada por soberanos acabados decoronar, habia siempre causado motines entre esta milicia indisciplinada; pero la penuria del tesoro, agotado por una guerra desgraciada, permitió á Sultán-Abdul-Hamid ne-

gar este regalo, que hubiera sido muy gravoso al estado en unas circunstancias tan difíciles. En seguida se ocupó, no obstante su poco gusto por la guerra, en hacer los preparativos necesarios para la próxima campaña. Reunióse en la orilla derecha del Danubio un ejército de cuatrocientos mil hombres, y el sultan asistió en persona á las manobras de los artilleros y de los soldados ejercitados á la europea por los desvelos del baron de Tott.

Sin embargo el ejército de Romanzoff, debilitado por sus reveses y aun por sus victorias, no se hallaba en estado de obrar antes de recibir refuerzos; pero en este momento estallaba en el interior del imperio ruso una insurreccion peligrosa: el rebelde Pugatschef, que se hacia pasar por el czar Pedro III, escapado milagrosamente, segun decia, del acero de los asesinos, marchaba sobre Moscou, sostenido por una multitud crédula: en este inminente riesgo, supo Catalina detener el progreso de la revolucion, y aun enviar socorros á Romanzoff, quien se apresuró á volver á tomar la ofensiva. Secundado por los jenerales Suwaroff y Kramenski, efectuó el paso del Danubio, á pesar de los esfuerzos de los Otomanos; muy pronto rodeó Romanzoff la posicion del gran visir y le separó de la plaza de Warná, donde estaban los almacenes. Espantados los musulmanes por su situacion crítica, se rebelan contra sus jefes y se dispersan: solo permanecen doce mil hombres con el serasquier Muhsin-Zadé. En esta penosa posicion escribió al sultan para justificarse de un suceso tan imprevisto; y este príncipe, como buen musulman resignado á la voluntad de Allah, respondió, apoyándose en un fetwa del mufti, que sin soldados no podia vencer el gran visir, y que ya que su ejército le habia abandonado, el profeta mandaba que hiciese la paz. Con arreglo á esta autorizacion firmó el serasquier, el 24 djemazi-ul-oula 1188 (21 de julio de 1774), en Kutchuk-Kainardji, en Bulgaria, un tratado por el cual reconocia la Puerta la independencia de los Tártaros de Cri-

mea, del Budjak y del Kouban, concedia á los Rusos la libre navegacion en todos los mares del imperio otomano, les cedia las plazas de Azof, de Kilibouroun y algunas otras fortalezas, y por último aceptaba la particion de la Polonia. Catalina, en recompensa, restituia á los Otomanos la Bessarabia, la Moldavia, la Valaquia y las islas que ocupaba la Rusia en el Archipiélago.

Esta paz, tan humillante como era para la Puerta, fué acogida por la nacion con grandes trasportes de alegria, tanta era la necesidad que habia de reposo. El gran visir Muhsin-Zadé-Muhammed-Bajá, gravemente enfermo del vivo pesar que le habia causado la indisciplina de sus tropas, se puso no obstante en camino para llevar á Constantinopla el sandjak-cherif; pero antes de haber llegado á Karin-Abad (*Carnabat*), poblacion situada en medio del desfiladero del Balkan, *el pajarillo de su alma se escapó de la jaula y voló hacia los cielos*. Izzet-Muhammed-Bajá, kaim-mekam de Constantinopla, le sucedió, y entregó el estandarte sagrado en manos del sultan: Su Alteza, añade el historiador otomano de quien tomamos estos detalles, volvió luego al palacio imperial, *que es la concha de nacar en que se encierra la preciosa perla de su augusta persona, y el glorioso centro desde donde el astro de su poder esparce sus rayos sobre el universo*.

La paz de Kutchuk-Kainardji asegurando la independencia de la Crimea y concediendo á los buques rusos la libre navegacion de los mares del imperio otomano, quitaba al sultan el apoyo de su antiguo y útil aliado el khan de los Tártaros y abria el camino de Constantinopla á las flotas moscovitas; por consiguiente la Puerta solo buscaba un pretexto para romper el tratado. Mientras llegaba esta ocasion, quiso el Gran Señor vengarse de los rebeldes que durante la guerra habian probado de sustraerse al dominio otomano. Gregorio Ghika, hospodar de Moldavia, pagó su rebelion con su cabeza; y el jeque Daher, sitiado por mar y tierra en la ciudad de

Acre, fué muerto de un balazo al quererse salvar en las montañas de Safad. Se hicieron además algunas ejecuciones; pero estos castigos parciales no satisfacian la cólera del divan, que propuso esterminar en masa á los Griegos de la Morea: esta medida cruel fué un poco dulcificada por las representaciones del kapudan-bajá, y bastó el suplicio de los principales motores de las sublevaciones. Hazan-Bajá autor de esta proposicion menos bárbara, tuvo el encargo de ejecutarla, y lo hizo con un rigor que desmintió la moderacion de su lenguaje en el consejo: miles de cabezas cayeron bajo el acero del verdugo, y apiladas en sangrientas pirámides, esparcieron el terror entre los desgraciados Griegos. Pero estos terribles ejemplos, al mismo tiempo que espantaban á los habitantes, les inspiraban mayores deseos de escaparse de sus tiranos. La emperatriz Catalina cuyos esfuerzos tendian á reprimir el imperio otomano, habia acordado grandes privilegios á los Moldavos y á los Valacos: los Griegos de la Bulgaria, seducidos por las ventajas que les ofrecia, pasaron el Danubio y se pusieron bajo la poderosa proteccion de la czarina, quien no contenta con haber quitado á los Otomanos la Crimea haciéndola declarar independiente, quiso aun apropiarse una provincia que tanto le convenia. Una intriga tramada con destreza sembró la discordia entre los miembros de la familia del khan de Crimea: muy pronto una sedicion, fomentada por los agentes secretos de la Rusia, quitó el poder á Dewlet-Gherai, lo cual afectó sobremedura al sultan y se refugió en Constantinopla. Chahin-Gherai, protegido por Catalina, fué nombrado khan, y se puso bajo la proteccion, ó por mejor decir, la dependencia de la emperatriz. La Puerta queria volver á empezar las hostilidades, pero fué disuadida de este proyecto por el influjo del príncipe Repnin y el del conde de Saint-Priest, embajador de Francia. Este último habia ya hecho confirmar el tratado de Kutchuk-Kainardji por el convenio de *Ainaly-Cavak* (kiosko de los espejos), con-

cluido en 1779. Sin embargo no abandonaba Catalina sus intenciones ambiciosas; nuevas conmociones, escitadas por esta princesa, obligaron á Chabin-Gherai á refugiarse en Taganrok, y dieron á la Rusia ocasion de enviar á Crimea un ejército de setenta mil hombres, mandados por el príncipe Potemkin: dióle á esta invasion el pretexto de auxiliar al khan contra sus súbditos; pero la Puerta, adivinando fácilmente el motivo que animaba á la emperatriz, tomó la precaucion de hacer ocupar por un bajá la ciudad de Taman, sobre el estrecho de Yeni-Kal'a. Avanzando entónces las tropas para rechazar á los Osmanlinos, atravesaron los estados de Chabin-Gherai, quien, disgustado de un poder ilusorio, se vió luego obligado á ceder todos sus derechos á la emperatriz, mediante una pension de ochocientos mil rublos; y en abril de 1783, entró la Rusia en posesion de la Crimea y del Kouban.

Al principio del año siguiente, tuvo la Puerta que ratificar este ajuste, á pesar de su repugnancia; pero se vengó en el desgraciado Chabin-Gherai, cuyo príncipe, descontento de su situacion, poco despues de haber cedido su reino á Catalina, obtuvo un asilo en Constantinopla; pero apenas puso el pié en territorio otomano, fué muerto por orden del sultan.

Sin embargo, las humillaciones que tenia que sufrir la Puerta escitaban un vivo descontento en la nacion, la cual se indignaba al ver la paciencia con que su jefe sufría tantos ultrajes: pedian la guerra á gritos, y no faltaban los medios de sostenerla con honor; porque la Puerta tenia un numeroso ejército de tierra, una escuadra formidable, una escuela de artillería, fundiciones establecidas por el baron de Tott, y soldados enseñados segun la táctica europea por oficiales franceses que Sultan-Abdul-Hamid habia hecho venir á Constantinopla. Tales eran los recursos que poseía esta nacion para oponerse á las miras ambiciosas de la emperatriz de Rusia.

Hacia últimos de 1786, recorrió es-

ta princesa la Crimea, y visitó en seguida á Kherson, ciudad nueva que acababa de edificarse por su orden en las orillas del Dnieper, y que aseguraba á la Rusia el dominio del mar Negro. José II y Catalina tuvieron en ella una entrevista, y concluyeron una alianza ofensiva y defensiva contra la Puerta. Pero aunque este pacto habia sido hecho secretamente, no le fué difícil al gabinete otomano adivinar los proyectos de conquista de ambos soberanos, y esta circunstancia determinó al Gran Señor á satisfacer los deseos de sus súbditos tomando la delantera. Segun el uso establecido en aquella época en la corte otomana, la declaracion de guerra á la Rusia fué precedida del encierro en las Siete-Torres del embajador de esta potencia. Resolviéndose el sultan á volver á empezar las hostilidades, contaba con el apoyo de la Suecia y de la Polonia; el embajador de Inglaterra le habia hecho concebir esperanzas de que se armarian estas dos naciones en favor de la Puerta, y además que el rey de Prusia se encargaria de oponerse al emperador José. Por consiguiente, creyendo el sultan que seria sostenido, empezó enviando al bajá de Oczakow con fuerzas considerables contra Kherson y Kilboroun, mientras otro ejército avanzaba sobre las orillas del Danubio. El kapudan bajá, por su parte, despues de haber apaciguado una insurreccion en Egipto, fué á bloquear con una escuadra de ochenta velas, la embocadura del Dnieper con el fin de secundar el ataque de Kherson y de Kilboroun. Esta última plaza, defendida por el célebre jeneral Souwaroff, resistió todos los esfuerzos de los Otomanos: tres veces se apoderaron estos de las trincheras y otras tantas los arrojaron de ellas los Rusos.

Sin embargo el emperador de Alemania dirijia sus fuerzas sobre Belgrado, de cuya ciudad esperaba apoderarse por sorpresa. El bajá que mandaba la plaza dijo con desprecio, al ver á los Alemanes: «*Estos son perros que ladran.*» No obstante se alarmó al verse atacado de repente, y lo escribió al divan, el cual se



Le grand Seigneur allant à la Mosquée. (vers 1788)

El Gran Señor, yendo a la Mezquita.

quejó al internuncio imperial, y sin embargo le concedió el permiso para salir del territorio otomano. No habiendo tenido buen éxito la tentativa de los Austríacos, cayó el gran visir sobre ellos antes que hubiesen podido reunirse con el ejército de Romanzoff, los hizo retroceder hasta Loughosch, se apoderó de muchas plazas en Hungría, quemó y devastó el banat de Temeswar, y estuvo á pique de hacer prisionero al mismo José II.

Estos triunfos de los Otomanos se equilibraban con la pérdida de algunas plazas en Moldavia, cuyo hospodar habia sido atrevidamente arrebatado en el seno de la capital. El príncipe de Sajonia Saxe-Coburg y el general Romanzoff atacaron de mano común á Choczim, que les abrió sus puertas, despues de una pequeña resistencia. Por último el príncipe Potemkin sitió, en diciembre de 1788, á Oczakow con un ejército de ochenta mil hombres. El kapudan-bajá, cuya escuadra, reforzada con dos navíos, seis fragatas y varios buques menores, tenia mas de sesenta velas, se preparó á sostener por mar á Oczakow, cuya única defensa eran unas fortificaciones muy viejas. Mientras que la guarnicion inquietaba con salidas vigorosas al ejército de Potemkin, trataba Hazan de empeñar el combate con la escuadra rusa, muy inferior á la otomana, pero compuesta de pequeños y lijeros buques que manobran con mayor facilidad. Finjiendo el almirante ruso que trataba de evitar al kapudan-bajá, pasó mas allá de la embocadura del Dnieper y atrajo entre las dos orillas á los navíos enemigos; sujetado allí Hazan-Bajá, tanto por falta de sitio, como por la poca profundidad del rio, no solo no pudo desplegar todas sus fuerzas, pero aun vió á tres de sus navíos de línea bararse en la arena, de donde no pudo sacarlos sin perder muchos hombres y sufrir fuertes averías. Aprovechándose el almirante ruso del desorden ocasionado por este accidente en la flota otomana, la atacó vigorosamente, tomó, quemó ó echó á pique quince buques y mató once mil marinos. Durante este com-

bate, colocado el general Souwaroff en la orilla delante de Kilborou, donde habia establecido una terrible batería, cañoneaba los navíos otomanos y completaba su derrota. Esta victoria naval decidió la pérdida de Oczakow: el ejército dió el asalto y tomó la ciudad. Los vencedores mancharon su triunfo con crueldades atroces, y veinte y cinco mil victimas cayeron bajo sus golpes.

Los multiplicados reveses que las armas otomanas acababan de experimentar habian llenado de disgustos los últimos dias de Sultan-Abdul-Hamid, que sucumbió el 7 de abril de 1789. Tenia sesenta y cuatro años, y habia reinado quince. Este príncipe pacífico, ilustrado y amigo de la civilizacion, restableció el arte de la imprenta, casi abandonado desde la muerte del renegado Basmadjibrahim. Su conducta jenerosa hacia su sobrino Selim le atrajo el amor del pueblo, y su natural bondad le hizo adorar de todos los que hablaban con él. Su induljencia y dulzura eran tan conocidas en el serrallo, que las jóvenes del haren no temieron remedarle durante las fiestas que ocasionó, en 1780, el nacimiento de la princesa Rebia-Sultana. Por un motivo laudable, queriendo este príncipe poner límites al lujo de los vestidos, habia prohibido que las mujeres llevasen capas de largas valonas. En uno de aquellos paseos con que solia de incógnito inspeccionar el cumplimiento de sus órdenes, vió á ciertas damas, que contra los reglamentos suntuarios, se paseaban desplegando con placer los desmesurados cuellos de sus mantos. Esta vista escitó de tal modo su cólera, que corrió hacia las culpables elegantas, y quiso acortar con sus propias manos el vestido que no estaba segun reglamento. Este suceso hizo una gran sensacion en Constantinopla; y aun no se habia olvidado, cuando fué convertido en burla por las muchachas del serrallo: una de ellas, vestida de sultan, se arrojó con un puñal en la mano sobre un grupo de sus compañeras, cuyos cuellos de vestido parecia que queria cortar y que echaban á correr por todos la-

dos dando grandes alaridos. Sultan-Abdul-Hamid estaba en una tribuna con rejas con las sultanas, y esta escena improvisada, criticando indirecta, pero atrevidamente, las miras algo limitadas de este príncipe, lejos de incomodarle, le divirtió mucho.

Bajo el reinado de Sultan-Abdul-Hamid, consiguió la Rusia abrirse el camino del Bósforo; debió este triunfo, no tan solo á la habilidad é intrigas de Catalina II, sino también á los grandes progresos que hizo la nacion moscovita en el arte militar, en tanto que los Otomanos permanecian estacionarios en medio del movimiento jeneral; porque, no obstante las intenciones de Sultan-Abdul-Hamid y el auxilio prestado por los oficiales franceses que habia llamado á Constantinopla, los soldados musulmanes no pudieron conformarse con la táctica y disciplina europeas. La repugnancia de los jenízaros á estas innovaciones era tan grande que causó en la última guerra un motin que á poco mas cuesta la vida al gran visir Yusuf-Bajá. Habiendo querido este ministro formar la infantería otomana en tres líneas y hacerla maniobrar á la europea, la indócil milicia se prestó á ello de bastante mala gana por algunas horas, con la esperanza de una gratificación; pero no habiendo estas evoluciones sido acompañadas de alguna distribucion de dinero, hubo una insurreccion, y el imprudente Yusuf-Bajá se vió precisado á ocultarse para evitar el furor de los soldados, que no se calmaron hasta que el reis-effendi les hubo hecho contar un millon doscientas mil libras. De tal modo se asustó el visir en esta ocasion que se creyó obligado á sacrificar ocho corderos al profeta para darle gracias por haberle sacado de aquel apuro.

Es necesario atribuir á esta obstinacion del pueblo de Mahoma en no querer abandonar las costumbres y rutinas que les legaron sus antepasados, los grandes y numerosos desastres que han caído sobre él durante el reinado de los últimos sultanes, y le han hecho perder la superioridad que habia adquirido sobre las

naciones cristianas por su fanatismo religioso y guerrero y el brillante valor de sus primeros jefes.

CAPITULO XXIX.

SULTAN-SELIM-KHAN III, HIJO DE
SULTAN-MUSTAFA-KHAN III.

Humillados los Otomanos por los reveses que, bajo soberanos de edad avanzada y privados de enerjia, habian señalado los reinados anteriores, vieron con alegría subir al trono de Osman un joven príncipe. Sultan-Selim III no tenia sino unos veinte y siete años cuando sucedió á su tío Sultan-Abdul-Hamid: su fisonomía era placentera y espresiva, su espíritu activo, su carácter afable; y el pueblo, seducido tanto por el encanto de su esterior como por sus felices cualidades, se entregó á la esperanza de ver al imperio recobrar su antiguo esplendor y preponderancia guerrera.

Sultan-Selim, desde su advenimiento al trono, fijaba toda su atencion en mejorar el ejército y la marina: expidieronse órdenes para la nueva campaña, y las tropas se reunieron en Sofia, de donde debia marchar el gran visir. Los musulmanes manifestaban el mas vivo ardor; una circunstancia favorable á su causa contribuyó á alentarlos: Gustavo III, rey de Suecia, declaró la guerra á la Rusia; la Prusia, que habia prometido hacer otro tanto, no cumplió su promesa; y esta defeccion salvó á Catalina, que no hubiera podido resistir á todos estos ataques. Las escuadras rusa y sueca se encontraron en el Báltico cerca de Hogland; hubo una accion en que ambas partes pretendieron haber ganado la ventaja. Los navíos de Gustavo abandonaron entónces aquellas aguas y volvieron á Estocolmo, donde era llamado el rey con motivo de una insurreccion. Libres los Rusos desde entónces de toda inquietud por esta parte, se prepararon á rechazar las tropas del sultan mandadas por el bajá de Widdin, que acababa de ser nombrado gran visir. El kapudan-bajá Hazan, desde la des-



Sultan-Selim III

El Sultan Selim III.